

mente que el poeta se había equivocado en su diagnóstico infalible y aterrador, y aquel pequeño complot entre el bueno del doctor y él, quedaba muy fácilmente ignorado, porque los habitantes de "Parva domus," cada vez se ocupaban menos del niño. Salía y entraba á su capricho; iba donde quería, y no volvía á su casa más que á la hora de comer, sentándose á un extremo de la mesa, cada día más grande y cada día rodeada por mayor número de comensales.

Para poblar su soledad, para mantener en torno suyo ese ruido en el vacío que él llamaba "medio intelectual," D'Argenton había abierto de par en par la puerta de su casa á todos los bohemios. El poeta, sin embargo, no era aficionado á tirar el dinero por la ventana: era visiblemente avaro; y cada vez que Carlota le decía con timidez: "Ya no tengo dinero, hijo mío," contestaba con un "¡Ya!" muy acentuado, y una mueca bien poco agradable. Pero en él la vanidad podía más que nada; y el placer de mostrar su felicidad, de hacer de amo de casa, de excitar la envidia de todos aquellos pobres diablos, podía más que sus cálculos más equilibrados.

Sabíase en los círculos de los bohemios que había allá, al aire libre, en sitio delicioso, buena mesa y buena cama, si se perdía el precio del billete del tren. Esto se decía por todos los rincones de las cervecerías:

—¿Quién viene á casa de D'Argenton?

Y una vez reunido trabajosamente el dinero del viaje, llegaban á bandadas de improviso.

Carlota andaba en un pie.

—¡Pronto, tía Archambault!, ha venido gente; mate usted un conejo, dos conejos. . . . ¡Pronto, una tortilla. . . . dos tortillas. . . . tres tortillas!

—¡Dios mío, qué gente! ¡Vaya unas figuras! decía la mujer del guarda, asustada, porque sin cesar había caras nuevas. ¡Y qué pelos, y qué barbas, y qué fachas!

D'Argenton experimentaba siempre la misma satisfacción en pasear á los recién llegados por todos los rincones de la casa, para que admirasen sus bellezas. Luego, aquellas turbas de granujas viejos, de barbas grises, se esparecían por los caminos, por las orillas del río, por el bosque, dando relinchos de alegría y zancadas extravagantes como caballos viejos que llevaban á tomar verde.

Sobre el fondo de aquel fresco paisaje, aquellos sombreros de copa alta pelados, aquellas levitas negras raídas, aquellos rostros surcados por todos los sufrimientos de las miserias parisienses, parecían más sórdidos, más ajados, más deslucidos. Luego se reunían todos á la mesa; la mesa puesta todo el santo día y sin tiempo casi para sacudir las migajas del mantel de una comida á otra. Allí se estaban las tardes enteras bebiendo, disutiendo, fumando.

Aquello era una verdadera cervecería en medio del bosque; D'Argenton triunfaba. Podía volver continuamente á su eterno poema, repetir cien veces los mismos proyectos, decir á cada instante: "Yo. . . porque yo. . ." con la autoridad del señor á quien pertenece el vino, y la casa, y todo. Carlota también estaba contentísima. Para su carácter variable y sus instintos bohemios, era una renovación de juventud todo aquel barullo de idas y venidas; la rodeaban, la admiraban, le hacían la corte; y aunque sin dejar de ser fiel á su amor, sabía mostrarse tan coqueta como era preciso para entusiasmar al poeta y hacerle apreciar su felicidad.

Los domingos recibía á las mujeres de aquellos desheredados; esas animosas criaturas que trabajan febrilmente toda la semana y á quienes sus maridos les permitían de vez en cuando el lujo de salir una tarde con ellos. Para con esas se las echaba un poco de dama de alto coturno; las llamaba "hijita mía," lucía peinadores y batas á lo Luis XV, que contrastaban notablemente con aquellos otros trajes pobres.

Pero entre todos los bohemios, los más asiduos en la casa de D'Argenton, seguían siendo Labassindre y el doctor Hirsch. Este, invitado al principio sólo por unos cuantos días, hacía meses que no se movía de allí, y aquella casa se había convertido en la suya propia. Hacía los honores á los convidados, usaba la ropa blanca del poeta y sus sombreros, entre el forro de los cuales colocaba, para poder ponérselos, una porción de tiras de papel, porque la cabeza de aquel fantaseador era extraordinariamente pequeña, tan pequeña, que cualquiera que la mirase no podía menos de preguntar cómo había podido meter allí tantos conocimientos, y ya no se asombraba uno del amontonamiento inaudito de semejante almacenaje.

Tal como era, D'Argenton no podía pasar sin él. Era el atento confidente de todos los caprichos de enfermo imaginario; y aun cuando no hacía mucho caso de la ciencia de Hirsch, aun cuando se guardaba muy bien de obedecer ninguna de sus prescripciones, su presencia lo tranquilizaba.

—Yo lo he curado!. . . decía el otro con aplomo. Así es que el doctor Rivals había perdido mucho de su autoridad en la casa.

Los días, los meses iban pasando. El otoño envolvía

á "Parva domus" en las brumas melancólicas; luego la nieve del invierno cubría el palomar; la lluvia de Abril retumbaba al caer sobre la pizarra sonora del tejado, y otra primavera nueva la engalanaba con sus lilas abiertas. Por lo demás, todo seguía lo mismo. El poeta tenía algunos planes más en cartera, y en el ánimo algunas nuevas dolencias que el inevitable Hirsch bautizaba con nombres nuevos, á cual más extraños. Carlota continuaba tan insignificante, tan bonita y tan sentimental como siempre. Jack había crecido y estudiaba mucho. En diez meses, sin reglamentos ni métodos especiales, había hecho grandes progresos y sabía mucho más que muchos colegiales de su edad.

—Ahí está lo que he hecho de él en menos de un año, decía el señor Rivals á los D'Argenton con orgullo. Ahora mándenlo ustedes á un colegio, y respondo de que este muñeco llegará á dar algo.

—¡Ah, doctor, doctor, qué bueno es usted! exclamaba Carlota un poco avergonzada del reproche indirecto que había para ella en el interés y solícitud de aquel extraño, comparado con su indiferencia maternal. D'Argenton tomó la cosa con más frialdad; dijo que ya vería, que reflexionaría, que la educación de los colegios tenía graves inconvenientes. Cuando estuvo solo con Carlota, dejó desbordar el mal humor.

—¿Por qué se mete ese viejo en lo que no le importa? ¿Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena! ¿Si querrá enseñarme lo que debo hacer? ¿Más valiera que estudiara medicina..... ese medicucho de pueblo!

En el fondo, su amor propio había sido herido en lo

vivo. Desde entonces ocurrió más de una vez oírle decir con tono grave:

—Tiene razón el doctor; es preciso pensar en este chico.

Y pensó en ello, ¡ay!

—Ven acá, granuja, dijo un día al pobre Jack el barítono Labassindre, que se paseaba por el jardín en gran conciliábulo con Hirsch y con D'Argenton.

El niño se acercó un poco turbado, porque, en general, ni el poeta ni sus amigos le dirigían la palabra.

—¿Quién ha hecho.... ¡hem!.... ¡hem!!!! la trampa para coger ardillas que hay allí en el nogal aquel grande.... ¡hem!.... ¡hem!.... del fondo del jardín?

Jack palideció, temiendo un regaño; pero como no sabía mentir, contestó:

—¡Yo!

Cecilia tenía ganas de una ardilla viva, y él había construido una trampa, entretejiendo unos alambres por entre las ramas, por medio de una ingeniosa combinación, que aún no había atrapado ninguna ardilla, pero que bien podría cazarla.

—¿Y lo has hecho tú solo, sin modelo?

El contestó con mucha timidez:

—Sí, señor Labassindre, sin modelo.

—¡Eso es extraordinario.... extraordinario!, repetía el gigantesco barítono, volviéndose hacia los otros dos.... Este niño ha nacido para mecánico; esto es positivo. Lo lleva en la masa de la sangre, ¡qué queréis! Ese es el instinto, un dón.

—¡Ah! Eso es, un dón, contestó el poeta levantando la cabeza con altivez.

El doctor Hirsch no quiso ser menos:

—Sí, es un dón.

Y sin volver á ocuparse del niño, siguieron paseando juntos por el jardín, gravemente, lentamente, haciendo muchos gestos, y parándose todos cuando alguno de ellos tenía que decir algo muy importante.

Por la noche, después de comer, hubo gran discusión en la terraza.

—Sí, Condesa, decía Labassindre dirigiéndose á Carlota, como si tratara de convencerla de alguna verdad ya debatida entre ellos: el hombre del porvenir es el obrero. La aristocracia ya pasó, la clase media no tiene más que unos cuantos años de vida. Ahora le toca al obrero. Desprecie usted sus callosas manos y su sagrada herramienta. Dentro de veinte años regirá los destinos del mundo.

—Tiene razón.... dijo D'Argenton con gravedad. Y la diminuta cabeza del doctor Hirsch hacía enérgicos signos de aprobación.

¡Cosa extraña! Jack, que desde que estuvo en el colegio estaba acostumbrado á los discursos del barítono sobre la cuestión social, y que jamás lo escuchaba, porque le parecía muy fastidioso, experimentaba al oírlo aquella noche, una emoción penetrante, como si hubiera adivinado el fin á que iban encaminadas aquellas palabras, y la existencia contra la cual se dirigían.

Labassindre pintaba un cuadro encantador de la vida del obrero.

—¡Oh! ¡Hermosa vida de independenciam y de altivez! ¡Cuando me acuerdo de que he cometido la locura de dejarla!.... ¡Ah! ¡Si las cosas pudieran hacerse dos veces!

Y les contaba su vida de herrero en la fábrica de Indret, cuando se llamaba simplemente Roudic, porque el apellido de Labassindre, que usaba ahora, era el nombre de su pueblo: La Basse Indre, un pueblo bretón de las orillas del Loire. Recordaba las deliciosas horas pasadas junto al fuego de la fragua, desnudo de cintura arriba, machacando el hierro caliente, con otros buenos compañeros.

—¡Miren ustedes! decía: ya saben los grandes triunfos que he tenido en el teatro.

—¡Ya lo creo! respondió el doctor Hirsch con impudencia.

—Ya saben ustedes cuántas coronas de oro y cuántas petacas y cuántas medallas me han regalado. Pues bien; por muy preciosos que para mí sean estos recuerdos, no hay ninguno que valga lo que éste.

Y levantándose la manga de la camisa hasta el hombro, en su enorme brazo, velludo como la pata de un oso, el cantante enseñaba una gran picadura colorada y azul, que representaba dos martillos de herrero cruzados, en un círculo de hojas de encina, con una inscripción: "Trabajo y libertad." Desde lejos, aquello parecía las huellas imborrables de un enorme puñetazo, y el desdichado no decía que aquella picadura, que había resistido á todo género de fricciones, á toda clase de pomadas, era la desesperación de su vida de teatro, porque le prohibía los efectos de ciertos trajes, le impedía levantarse las mangas para trabajar en "La Muda, Herculano," y en todas las obras donde salían héroes de los países del sol, los cuales vestían con los brazos desnudos y las amplias túnicas replegadas sobre sus pechos de vencedores.

Como no había podido borrar aquellas picaduras, Labassindre las lucía, alardeaba de ellas, las ostentaba como una bandera. ¡Ah! ¡Maldito el empresario aquel de un teatro de Nantes que había ido á oírlo á la fábrica una noche que cantaba en una función dada á beneficio de un compañero herido! ¡Maldita también la nota incomparable que la naturaleza le había puesto en la garganta! Si no le hubieran desviado de su verdadero camino, á estas horas estaría, como su hermano Roudic, hecho un capataz de tercera en las fraguas de Indret, con un jornal magnífico, casa, leña, luz y otros emolumentos, y una renta segura para su vejez.

—Sí, por cierto, sí; es muy hermoso todo eso, decía tímidamente Carlota; pero hace falta tener la fuerza necesaria para soportar esa vida. Le he oído decir á usted mismo que el trabajo era muy duro, muy penoso.

—Penoso, sí, para una damisela; pero me parece que éste no es el caso ahora, y que el individuo de quien se trata, está perfectamente constituido.

—¡Admirablemente constituido!, dijo el doctor Hirsch; de eso respondo yo.

Puesto que él respondía, no había más que hablar.

Sin embargo, Carlota procuró hacer algunas objeciones todavía. Según ella, no todas las naturalezas se parecen. Hay unas más delicadas, más aristocráticas, á las cuales repugnan determinadas tareas.

Al oírla, D'Argenton se levantó furioso.

—¡Todas las mujeres son lo mismo!, exclamó groseramente. Aquí hay una que me suplica que me ocupe de este caballerito—y bien sabe Dios que la cosa no me divierte, porque es un triste personaje.—Me ocupo, sin

embargo; pongo á mis amigos en movimiento, y ahora se me viene á decir que mejor fuera que no me hubiese metido en eso.

—¡Pero si no es eso lo que yo digo! exclamó Carlota desesperada de haber desagradado al amo.

—No, hombre, no dice eso, repitieron los otros dos; y al ver que la apoyaban, al ver que intervenían en favor suyo, la pobre mujer se enterneció, como esos chiquillos castigados que no se atreven á llorar más que cuando les defienden. Jack se marchó de la terraza bruscamente. Era superior á sus fuerzas ver llorar á su madre y no tirarse al cuello de aquel mal hombre que así la atormentaba.

Los días siguientes no se habló más del asunto. Pero el niño creyó observar en su madre un cambio en su actitud respecto de él. Lo miraba, lo besaba con más frecuencia que de costumbre, y á veces lo retenía á su lado, haciéndole sentir en sus abrazos ese apasionamiento que se tiene por los seres queridos de quienes debe uno separarse pronto. Eso lo turbaba tanto más, cuanto que oía decir á D'Argenton, con una sonrisa amarga que agitaba su bigote:

—Doctor; nos estamos ocupando de su discípulo de usted. Uno de estos días le daremos una noticia.... creo que se alegrará usted.

Y el bueno del doctor, al volver á su casa muy satisfecho:

—Ya ves, le decía á su mujer, ya ves que he hecho bien en abrirles los ojos.

La señora de Rivals meneaba la cabeza.

—¡Quién sabe!.... Desconfío de esa mirada tan mortecina: no me augura nada bueno para el niño

Cuando quien se ocupa de uno es un enemigo, es preferible que no hiciese nada, que se estuviera con los brazos cruzados.

Jack era de la mismísima opinión.





—¿De modo que me echas tú también : me echas, me rechazas?



IX

La vida no es una novela.

Un domingo por la mañana, poco después de la llegada del tren de las diez, que había conducido á Labassindre y un bullicioso cargamento de bohemios, Jack, que estaba atisbando una

dilla que andaba muy cerca de la famosa trampa, oyó que su madre lo llamaba.

La voz salía del cuarto de trabajo del poeta, de aquel solemne laboratorio donde se fraguaban las cóleras, las observaciones, la enfurruñada vigilancia del enemigo. Advertido por el tono de la voz de su madre, ó solamen-